

Jesús se encuentra ya en **Jerusalén**. La perspectiva del evangelio no es ya la del camino, aquella que hemos tenido en los evangelios anteriores, sino la de llegada.

En Jerusalén Jesús se encuentra con **los vendedores** del Templo, con los **grupos influyentes** que le acosan, y con la **gente sencilla** que le admira como maestro.

Lo más probable es que este diálogo de hoy se siga desarrollando en el templo y en medio de la enseñanza de Jesús. Aparece **un nuevo grupo**, que no ha tomado parte en ninguna controversia. También ellos intentan confundir a Jesús para quebrar su popularidad.



**20,27. En aquel tiempo, se acercaron a Jesús unos saduceos, que niegan la resurrección, y le preguntaron:**

**El partido saduceo** era, en tiempos de Jesús el partido de los ricos. Estaba formado por **los sumos sacerdotes**, enriquecidos gracias al negocio en que habían convertido la religión, y **los senadores** (seglares), los dueños de la tierra, los grandes terratenientes de Palestina. Era un **partido conservador en lo religioso y en lo político**. Se entiende que fuera así: tenían mucho que conservar.

Vivían bien, -mejor que nadie-, tenían poder, dinero, privilegios, honores..., ¿qué necesidad tenían de que nada cambiara?

**Tampoco aceptaban la resurrección.** Lo importante para ellos era el dinero, y más allá de la tumba, el dinero no tiene valor alguno. Y si no hay más vida que ésta, dada su prosperidad material, tenían ya la benevolencia de Dios, para qué más.

**28-33 - «Maestro, Moisés nos dejó escrito: Si a uno se le muere su hermano, dejando mujer, pero sin hijos, cácese con la viuda y dé descendencia a su hermano. Pues bien, había siete hermanos: el primero se casó y murió sin hijos. Y el segundo y el tercero se casaron con ella, y así los siete murieron sin dejar hijos. Por último murió la mujer. Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete han estado casados con ella.»**

Se acercan a Jesús y lo llaman "maestro", pues van a pedirle que resuelva un caso teórico que sin duda refleja una larga controversia con los fariseos.

Mencionan **la ley del levirato**, instituida por Moisés (Dt 25,5-6), y a continuación proponen el caso que haría ridícula la doctrina farisea. Según la ley y para que la herencia no se perdiera, si una mujer enviudaba sin tener hijos, tenía que tomarla por esposa

un hermano del difunto. El hijo que naciera de este matrimonio era considerado, desde el punto de vista legal, hijo del muerto. Si una mujer se llegara a casar con siete hermanos, en la resurrección se daría una situación absurda e ilegal. No hay que olvidar que Israel admitía la poligamia (un hombre con varias esposas) pero no la poliandria (una mujer con varios esposos)

**34-38 Jesús les contestó:**  
**- «En esta vida, hombres y mujeres se casan; pero los que sean juzgados dignos de la vida futura y de la resurrección de entre los muertos no se casarán. Pues ya no pueden morir, son como ángeles; son hijos de Dios, porque participan en la resurrección.**  
**Y que resucitan los muertos, el mismo Moisés lo indica en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor "Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob". No es Dios de muertos, sino de vivos; porque para él todos están vivos.»**

Jesús comienza corrigiendo **la falsa imagen**: la resurrección verdadera consiste en pasar a una **categoría nueva**, comparable a los "hijos de Dios" de la tradición (Sal 29,1; 86,6) o bien a los ángeles. Jesús no acepta que el estado del hombre resucitado sea un calco del estado presente.

Jesús afirma que la resurrección no es una simple continuación de la vida, sino **una vida nueva y distinta**, una vida de plenitud que difícilmente podemos comprender desde nuestras realidades cotidianas.

El poder de Dios, que llama a los hombres de la muerte a la vida, transforma y asume la totalidad del ser humano. El es el que asegura la continuidad entre nuestra vida terrena y la futura resurrección. La vida

después de la muerte tiene su fundamento en Dios mismo: **él es el Dios vivo (16,16), en él no hay muerte alguna**. Quien pertenece a él participa de su vida y no está sometido a la muerte. Para el Señor todo es vida. Los que viven, viven para el Señor (Rom 14,8) y los que son del Señor, viven para siempre. Jesús afirma **la resurrección**, no la supervivencia de la doctrina griega.

Jesús se va a apoyar en la Escritura para fundamentar su pensamiento. Tras repetir parte del texto del Éxodo (3,2-6), Jesús anuncia que **Dios lo es de seres vivos y no de muertos**. Contaba con que sus oyentes creían que los patriarcas ya estaban al lado de Dios, pues, en la medida que una persona tiene relación con Dios tiene asegurada la resurrección.

**NOVIEMBRE** El mes de noviembre es el mes de los difuntos. Recordamos a nuestros seres queridos que ya no están entre nosotros. Mucha gente, en estos días, visita los cementerios, llevan flores a las tumbas, recuerdan a sus difuntos con cariño y, si son creyentes, rezan por ellos. Para muchos está todavía muy vivo el recuerdo y el cariño. Y es verdad que con estos sentimientos nuestros seres queridos no están muertos del todo.

De ahí que en estos días se nos ofrezca una buena ocasión para **reflexionar y rezar sobre la muerte**, la de ellos y la nuestra. Y no lo tenemos que hacer desde el miedo o el temor. Es verdad, como dice la liturgia, "que la certeza de morir nos entristece" pero nos consuela nuestra "esperanza de una feliz resurrección. Porque la vida de los que en ti creemos no termina, se transforma".

**LA MUERTE** La muerte llega al final de la vida de cada cual y es la antesala al despertar a la vida de Dios. Eso creemos por la fe en Jesús resucitado.

Nuestra cultura vive de espaldas a la muerte, y vivimos con la fantasía de que no nos morimos. Y la gente se hace operaciones para disimular la vejez, que me recuerda que la muerte está cerca. Igual de cerca está con la piel estirada que con la piel arrugada. Pero vivo con la fantasía de que está lejos. Y puede haber un momento en la vida (enfermedad, muerte de un ser querido...) en que te dice, vete preparando. Y aunque decimos: yo no pienso "en eso", vale, pero eso piensa en ti.

Y hay **otras muertes más pequeñas** que se cuelan por las rendijas de nuestras vidas, si no ponemos cuidado. Nos convertimos en "un muerto" cuando nos dejamos llevar por la desconfianza, por el tedio o la pereza. Cuando vemos al hermano con ojos torcidos o abusamos del que menos tiene y sabe. Parecemos muertos cuando solo vemos nuestro ombligo y los problemas de los otros nos parecen una triste historia que no va con nosotros. Uno está muerto cuando solo se preocupa de sí mismo y se sumerge en el egoísmo. Entonces uno está ahí, solo e inerte, sin dar vida ni crecimiento.

Crear en la vida eterna es creer y amar y aprovechar ya esta vida, -que también hemos recibido como un don de Dios-, igual que esperamos recibir la otra contribuyendo a que todos puedan vivir como personas, como hijos de Dios, todos iguales.

- **¿A qué tengo que morir para resucitar a una nueva vida? ¿Qué medios pongo para lograrlo?**

**"No es un Dios de muertos sino de vivos, porque para él todos viven"**. Nuestro Dios es un Dios de la vida. La fe es una apuesta permanente en el Dios de la vida. La fe y la esperanza en la resurrección debe traducirse en un compromiso por defender la vida, porque esta fe no nos saca de la historia sino más bien al contrario, hace que nos encarnemos profundamente en ella, llevando la convicción de que su sentido último está en la vida.

Y tenemos tarea suficiente. No podemos quedar inactivos. Dios no lo quiere. **Hay que apostar por la vida** desde nuestro pequeño compromiso de cada día. Sabemos lo que esto implica en el mundo de hoy, en el que las **fuerzas de la muerte** (las pequeñas y grandes violencias existente entre nosotros, emigración, guerras, refugiados, paro, desastre del medio ambiente, hambruna, etc.) parecen que atenazan a muchos pueblos y familias, en particular a los más pobres y desprotegidos.

- **¿Defendemos la vida: en la naturaleza, en nuestro entorno familiar y social?**
- **¿Mi Dios, me da vida? ¿En qué lo noto?**

**EL SEPULCRO VACIO.** En la mañana de Pascua, algunas mujeres fueron de madrugada al sepulcro, para rendir homenaje al cadáver de Jesús y al llegar se encontraron la piedra corrida y el sepulcro vacío.

Y nos cuenta Lucas (24,4-5) que "no sabían qué pensar de aquello, cuando se les presentaron dos hombres con vestiduras refulgentes que les dijeron: **¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado**".

Los creyentes deberíamos grabarnos esta afirmación en nuestra mente y en nuestro corazón. Por la fe estamos convencidos de que **la muerte no es algo definitivo ni para siempre**. No es dejar de existir para caer en la nada. Es el paso a una nueva forma de vivir con el Señor. El Señor es el Dios de la vida y confiamos que nuestros seres queridos están en su regazo. "Jesús no puede ni imaginarse que a Dios se le vayan muriendo sus criaturas; Dios no vive por toda la eternidad rodeado de muertos. **A Dios no se le mueren sus hijos**. Tampoco puede imaginar que la vida junto a Dios consista en perpetuar las desigualdades, injusticias y abusos de este mundo". (Pagola)

¿Por qué creer todas estas cosas? ¿No es un engaño bien intencionado para poder soportar la dureza de la muerte sin caer en la desesperación y en la amargura? Nosotros creemos y seguimos a Jesús de Nazaret que había muerto y ha resucitado para siempre. Su vida no terminó en el último suspiro de la cruz. **Los que creemos en su palabra de vida, no desesperamos y por eso celebramos el amor del Dios de la vida.**